

Cristo, la palabra siempre nueva de la Iglesia

Séptimo domingo del Tiempo Ordinario
18 de febrero de 1979

Isaías 43, 18-19.21-22.24b-25

2 Corintios 1, 18-22

Marcos 2, 1-12

Queridos hermanos, estimados radioyentes:

Al retornar a esta cátedra sagrada que el Señor me ha encomendado para conducir espiritualmente una arquidiócesis, quiero expresar un agradecimiento especial y una simpatía y cariño para todos ustedes que no siguen la palabra, el pensamiento de un hombre, sino la revelación de Dios que se ha continuado dando aun en la ausencia del arzobispo¹. Recibí una carta en que me expresaban que las misas de la catedral concurrían abundantes y fervorosas y que se sentía el aletear del Espíritu. “Y al terminar —me dice la carta— le estrechamos la mano al padre Fabián lo mismo que a usted, con la misma fe en el Cristo que nos predicán”. Y yo siento que lo que ha dicho hoy San Pablo: “El Cristo que Silvano, Tito² y yo les predicamos” es lo que interesa. Y eso es lo que me llena de alegría, y es mi afán de despertar una admiración y un seguimiento no a mi pobre persona mortal,

2 Cor 1, 19

¹ Monseñor Romero no predicó en la catedral de San Salvador los domingos 28 de enero, 4 y 11 de febrero de 1979, porque estaba en Puebla (México), participando en la Tercera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano.

² Léase Timoteo en lugar de Tito.

frágil como todos ustedes, sino en el Inmortal, en el Eterno, en el que puede ser causa de sólida esperanza. Quiero agradecer, por eso, el recibimiento tan cordial que me dieron el viernes al regresar, a toda la comunidad: sacerdotes, religiosos, religiosas, fieles, comunidades; y, en este agradecimiento, también expresar gratitud especial a las autoridades del aeropuerto que, con agradable sorpresa, me dieron deferencias tan exquisitas. ¡Dios se lo pague!

Por eso, ahora, al tener que reflexionar sobre la palabra de Dios en mi comunidad, después de haber estado en contacto, a través de los obispos, con comunidades de los diversos países de nuestro continente y junto con otros invitados de Europa, de África, también cotejar la vida de la Iglesia aquí, entre nosotros, y allá, en países lejanos. Quiero enmarcar, en esa palabra universal del Evangelio, el mensaje concreto que los obispos reunidos en Puebla dirigimos a todos los hombres de América Latina, aunque no tengan fe cristiana, pero que tengan buena voluntad; y, desde América Latina, con una voz de testimonio de una Iglesia viva, una voz también para todo el mundo.

Me parecen bien oportunas las lecturas de hoy para hacer este marco bíblico a ese mensaje que este día, domingo, sin duda que se está proclamando en muchas catedrales de América Latina. Desde luego, los obispos —que todos han partido ya para sus sedes— estarán diciendo, más o menos, lo que yo quiero decirles ahora. Tomado de la sagrada Biblia, esas lecturas tan preciosas y encarnándolas en la realidad de América Latina, en el precioso mensaje que quiere ser un llamamiento de fe, de esperanza y de caridad, como comienza dicho mensaje³. Y la primera referencia que yo encuentro para una homilía, que como de costumbre le pondría un título, sería este el título de la homilía de hoy: *Cristo, la palabra siempre nueva de la Iglesia*. Porque no quisiera que quedara un recuerdo triste de estas predicaciones. “Hay quienes —como decía Cristo— tienen oídos y no oyen”; pero me alegra que un pueblo haya comprendido y captado lo que aquí se quiere decir siempre. “No quiero predicar otra cosa

Mt 13, 13

1 Cor 2, 2

³ Cfr. *Mensaje a los pueblos de América Latina*, de la Tercera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, en Puebla. Los textos entrecomillados de esta homilía, salvo cuando se indica lo contrario, son citas textuales de dicho mensaje, que monseñor Romero presenta y comenta a lo largo de la misma.

—diré yo como decía San Pablo— más que a Cristo y este, crucificado”. Este es el mensaje eterno de la Iglesia, que ya lo anunciaba la primera lectura siete siglos antes de Cristo. Isafas, cuando habla: “No recordéis lo de antes, mirad que realizo algo nuevo”, iba anunciando la redención de los pecados que se iba a cumplir, a lo largo de siete siglos, en la plenitud de los tiempos: en Cristo. Es el Cristo que aparece hoy en el Evangelio, con potestad de perdonar pecados y de orientar a los hombres por caminos de verdadera liberación. Es el Cristo de San Pablo, con el que vamos a cerrar la homilía al final, ya para dirigirnos al altar. Él es nuestro “amén”. En Cristo expresamos nuestra confianza plena de Dios, así como Dios, a través de Cristo, es el “sí” de su amor para nosotros. *Cristo, la palabra siempre nueva de la Iglesia*, en mi primera idea de hoy es: se encarna en la historia. La segunda idea será: esa historia necesita una teología, la teología de la historia; en los hechos triviales y concretos, hasta en los hechos criminales hay algo de Dios. Y finalmente: Cristo y su Espíritu, garantía de nuestra esperanza en nuestra historia.

Is 43, 18-19

2 Cor 1, 20

Es una palabra que se encarna en la historia

Los hechos concretos, Dios no los desprecia. Querer predicar sin referirse a la historia en que se predica no es predicar el Evangelio. Muchos quisieran una predicación tan espiritualista que dejara conformes a los pecadores; que no les dijera “idólatras” a los que están de rodillas ante el dinero y ante el poder. Una predicación que no denuncia las realidades pecaminosas en las que se hace la reflexión evangélica no es Evangelio. Sobran aduladores, sobran falsos profetas, sobran, en tiempos conflictivos como los nuestros, quienes tienen su pluma pagada y su palabra vendida, pero no es esa la verdad.

Me contaron que, cuando sacaban mi valija de la aduana, antier, alguien dijo: “Allí va la verdad”. La frase, breve, me llena de optimismo, porque en mi valija no traigo contrabando ni traigo mentira, traigo la verdad. He ido a aprender más la verdad. Y cuando un periodista me pregunta: “Dicen que después de Puebla va a cambiar su predicación, ¿qué piensa usted?”. Le dije: “La verdad no tiene por qué cambiar, la verdad se dice siempre; tal vez con más finura, pero siempre, contando con nuestras limitaciones, es la palabra concreta de un hombre que tiene su estilo y

su manera de ser, pero que no es más que el instrumento de Dios”.

Es en la historia concreta... Y las lecturas de hoy nos dan este ejemplo, queridos hermanos. ¿Qué es la primera lectura sino Isaías reflexionando en la realidad de su historia del momento? Eran los israelitas prisioneros y cautivos en el destierro de Babilonia. Y en ese hermoso capítulo dice que Dios va a dejar caer ya los cerrojos de todas las prisiones y van a volver libres. Y canta este retorno e invita con un canto precioso: “No os acordéis de lo pasado, he aquí que hago nuevas cosas; ya están brotando”. Y bajo la figura de ríos que brotan del desierto quiere decir que hasta lo imposible puede hacer Dios cuando se pone en Él la confianza. Y habla de un retorno. Les parecía a los israelitas en Babilonia que todo se había derrumbado. Muchos perdieron la esperanza, pero había una conciencia en el resto de Israel. Siempre había una conciencia, que era como “el resto de la esperanza”. Y esa es la conciencia que los profetas alimentan.

Is 43, 18-19

Por eso, hermanos, la historia de Israel, que recordaba con nostalgia los tiempos cuando Dios los sacaba de Egipto y los conducía a través del desierto guiados por Moisés, era una historia de grandes ilusiones, pero decían: “Ahora todo se ha derrumbado, otra vez en el cautiverio, ya no hay esperanzas”. Isaías les dice: “Aquellos prodigios del pasado, olvidenlos, porque vendrán cosas mayores todavía”. El Dios de la historia de Babilonia no es el Dios de la historia en Egipto; ya es otro capítulo, pero es el siempre Dios vivo. Es una reflexión comunitaria. Es hermoso ver un pueblo, como lo estoy viendo aquí en la catedral y lo presiento a través de la radio, reflexionando en su esperanza. Es aquel Dios de Egipto, es aquel Dios de Babilonia, es aquel Dios de los primeros cristianos, es aquel Dios que, cuando llegó la plenitud, Cristo también lo siente en su pueblo.

Is 43, 18

Estos capítulos de San Marcos, los capítulos 2 y 3, describen una lucha ideológica entre el Cristo que anuncia esta salvación nueva, prefigurada ya en los tiempos de Isaías y garantizada en la curación de un paralítico como signo, como sacramento de la verdadera salvación del pecado. “¿Qué es más fácil: decirle a este paralítico: ‘Te son perdonados tus pecados’, o decirle: ‘Levántate y camina’?”. Como el perdón de los pecados no lo pueden mirar, Dios ha querido dejar el signo del enfermo: “¡Levántate!”. Y para el Dios que puede curar lo mismo que perdo-

Mc 2, 9

Mc 2, 11

nar, quedaba un argumento en pie: el perdón es la salvación que Dios trae; y aquel paralítico se sentía más feliz de su conciencia limpia que de sus miembros ya curados.

El mismo Evangelio de San Marcos no fue escrito como una biografía de Cristo; fue escrito como una reflexión de la Iglesia, a la que Pedro predicaba en Roma y Marcos, como secretario de Pedro, escribía. Por eso, el papa actual, Juan Pablo II, cuando tomó posesión de su catedral de Letrán, dice: “Es el obispo de Roma de hoy, sucesor del obispo de Roma que vino de Galilea”⁴. Y quien comenta el Evangelio de Pedro, escrito por San Marcos, descubre que no hay una relación casi ordenada, sino que hay, más bien, una aplicación de la vida y de la doctrina del Salvador a los hechos concretos de aquella comunidad. Así es el Evangelio: una reflexión concreta de una comunidad. De tal manera, hermanos —esto es muy hermoso pensar—, que la figura de Cristo no está escrita en ninguna biografía, está reflexionada en la Iglesia primitiva para transmitirla luego a la Iglesia universal. Si hoy leemos los cuatro evangelios, no olvidemos que lo mismo que estamos haciendo nosotros —reflexionando la vida y la presencia de Cristo en el mundo—, eso hacían las primitivas comunidades, eso hacen hoy las comunidades eclesiales de base, eso hace la homilía cuando tiene la felicidad, como esta de la catedral, de ser atendida y reflexionada con una atención que yo soy el primero en sentirme conmovido.

Estamos reflexionando la vida de una presencia divina entre nosotros y, por eso, los evangelios reflejan no solo el hecho que narran. Aquí, por ejemplo, no solo se refleja la curación del paralítico, sino que se refleja ya cómo se reflexionaba esa curación del paralítico en una comunidad humana que se llamaba cristiana. De allí, que ciertas frases son posteriores al hecho. Cuando San Marcos dice: “Para que veáis que el Hijo del hombre tiene potestad para perdonar pecados”, esa frase, sin duda, Cristo no la dijo a sus enemigos, los fariseos, solamente, sino que se hacía reflexión eclesial en la comunidad que estaba reflexionando cómo la enfermedad, curada milagrosamente, puede ser el signo de una presencia divina entre nosotros que perdona los pecados.

Mc 2, 10

⁴ Cfr. Homilía de Juan Pablo II en la Basílica de San Juan de Letrán (12 de noviembre de 1978), *L'Osservatore Romano*, 19 de noviembre de 1978.

2 Cor 1, 18-19

La carta de San Pablo a los corintios nos describe también una situación. Pablo no podía ir ya por segunda vez a Corinto y les escribe su segunda carta, que es la que tiene más características de carta —familiar, sencilla, hasta un poco desordenada—, en que narra sus sentimientos y se defiende contra ciertas murmuraciones que se hacían en Corinto: “Dijo que iba a venir y ahora no viene, así es de informal”. Y por eso contesta: “Mi predicación no es hoy ‘sí’ y mañana ‘no’; es siempre el ‘sí’ de Cristo”.

O sea, hermanos, que en esa línea del Dios de Egipto, de Babilonia, de los tiempos de Cristo, de los tiempos de los apóstoles, llegamos también nosotros, comunidad de hoy. Podemos recibir un mensaje que, desde Puebla, hecho concreto de nuestra historia latinoamericana, donde nos acabamos de reunir con pastores de toda la América, pueden decir en su mensaje los obispos a América: “Sobre nuestro continente, signado por la esperanza cristiana y sobrecargados de problemas, ‘Dios derramó una inmensa luz que resplandece en el rostro rejuvenecido de su Iglesia’”. Cita estas palabras de Medellín para decir después que Puebla es también otro acto de Iglesia y que quienes querían encontrar contradicción entre Medellín y Puebla se olvidan que es el mismo Dios de la historia, que inspiró hace diez años el mensaje de Medellín, el que ahora en Puebla inspira el mensaje de 1979.

Es el mismo Dios de nuestra historia que en ese precioso mensaje, todavía más concreto, de unos queridos hermanos, quisieron hacerse más solidarios con la diócesis de San Salvador. Y por mi medio les mandan decir esto: “A través de ti, queremos dirigirnos a todo el pueblo de Dios que está en tu arquidiócesis y a todos los pobres de tu país, a quienes anuncias la buena noticia de Jesucristo en su situación concreta. Ellos son, como tú lo escribiste en tu carta pastoral, el Cuerpo de Cristo en la historia. Ellos han estado presentes aquí en Puebla —ustedes, hermanos, han estado presentes— a través de tu voz. Sabemos que se trata de un pueblo de gente digna y dignificada por el enorme trabajo con que penosamente mantienen su vida. Se trata de un pueblo contra cuya opresión y represión has dicho y seguirás diciendo cristianamente: ‘¡Basta ya!’, ‘¡Así no puede ser!’”. Se trata de un pueblo que, sabiéndolo o no, es el siervo de Dios, siervo viviente y doliente. Con su dolor, con la entrega de su vida por su digni-

dad, se va realizando una comunión que lleva en sí semillas de vida nueva para hoy y para mañana”⁵.

Hechos de la semana

Esta es la historia y el Dios de nuestra historia. Y por eso, hermanos, al regresar de Puebla, me he interesado de la realidad de nuestra historia concreta. ¡Qué historia más densa la de nuestro pueblo salvadoreño! No ha habido tiempo de profundizar en el conocimiento de estos días, pero leyendo nuestro semanario *Orientación*⁶ me doy cuenta que la Comisión de Derechos Humanos y nuestro Socorro Jurídico ha tomado el caso de Manuel Antonio Rodas, de veintinueve años, comerciante en pequeño, capturado en Usulután y llevado luego, todo golpeado, al hospital de Usulután. Gracias a Dios, está ya puesto bajo el tribunal, pero se teme por él.

También, en el periódico de nuestra arquidiócesis⁷, encuentro el hecho de José Macario Miranda Mejía, que en la carretera que conduce a Zacatecoluca fue capturado por la Guardia Nacional y que su familia dice que él no tiene ninguna vinculación de color político. Era simplemente un peón que trabajaba en una construcción y al cual se le quiere complicar con una casa misteriosa que se dice se ha encontrado muy cerca.

Y son también los problemas laborales que ustedes mismos pueden leer en nuestro periódico.

En San Miguel, también, se ha vivido una semana de terror. Después de la captura y asesinato del profesor Oliverio Gómez y de José Leocadio Umanzor Guevara, empleados del Hospital San Juan de Dios, se ha implantado una situación de miedo. Son numerosas las personas que relatan los indiscriminados cateos y capturas realizados en operativos militares.

Me doy cuenta, también, de que el terror no ha cesado en Tecoluca. Aunque no son mis diócesis San Miguel ni San Vicente, pero un sentimiento humano y patriótico me lleva a sentir

⁵ Carta de monseñor Helder Cámara, el cardenal Paulo Evaristo Arns, monseñor Leonidas Proaño y veintidós obispos más a monseñor Romero (10 de febrero de 1979), *Orientación*, 25 de febrero de 1979.

⁶ Cfr. “Solidaridad”, *Orientación*, 18 de febrero de 1979.

⁷ *Ibid.*

también como mío el dolor de estos ciudadanos que temen por la suerte de sus seres queridos.

Me gustó mucho ver la referencia el 12 de febrero, en *El Diario de Hoy*, de quien criticaba esos cateos indiscriminados, porque muchos jóvenes son capturados injustificadamente y el trato que reciben en los cuerpos de seguridad hace que estos jóvenes comiencen a tener una imagen de la represión. Puede hacerse más mal que bien con estas situaciones de terror.

Me llamó mucho la atención, también, el hallazgo de dos cadáveres a la orilla del lago de Ilopango, por estas circunstancias que dice el mismo periódico, *El Mundo* del 15 de febrero: “La juez dijo que ambos jóvenes fueron desnudados para registrar sus cuerpos a fin de establecer [...]. El sitio donde fueron encontrados no hay vecinos inmediatos. Para sepultarlos, fue necesario quitarles las esposas con varias llaves de vigilantes y de agentes de la Guardia Nacional que estuvieron presentes en la diligencia”. ¿Por qué coincidieron las llaves de la Guardia con las esposas de los cadáveres?

Es doloroso, también, encontrar el cadáver de un estudiante en las playas de San Diego y el informe forense dice que no murió por ahogado.

Pero me llena un poco de esperanza dos noticias que me encuentro en los periódicos de esta semana. Y es que se ha pedido en el congreso, ante la violencia, interpelar al Ministro de Defensa: qué significa lo que pasó en *El Despertar*, y otros casos concretos⁸. Me parece que esto es llamar a la justicia. Que no se queden tantos crímenes y atropellos impunes y que, aunque sean vestidos de militar, tienen obligación de rendir cuenta, ante la justicia, de lo que han hecho; y sancionar debidamente si se trata de crímenes vulgares.

También me gusta cuando el periódico anuncia: “Medidas de carácter social dio a conocer el Gobierno” y anuncia que se van a repartir 37,561 manzanas de tierra por parte del ISTA, sobre todo cuando el señor presidente dice: “Quiero dejar bien claro que el enfoque que nosotros estamos dando al problema agrario no consiste en el simple reparto de tierras, porque estamos conscientes de que no radican allí las soluciones. Lo que

⁸ Cfr. *La Prensa Gráfica*, 14 de febrero de 1979.

nosotros ambicionamos es elevar la condición de vida de las familias del campo en una forma integral. Queremos mejorar a ese sector en sus condiciones humanas⁹. ¡Bendito sea Dios! Esto es lo que la Iglesia pide. Y la Iglesia ofrece plenamente su colaboración desde sus perspectivas evangélicas, como nos dijo Juan Pablo, en Puebla, a los obispos, de dar siempre actualidad a la doctrina social de la Iglesia¹⁰. Que no puede ella resolver técnicamente los problemas, pero que sí puede dar luz, desde el Evangelio, sobre todo para esa promoción humana, comenzando por decir que ojalá esos repartos de tierra no sean simplemente favoritismos a los partidarios de la política, sino que de veras sea justicia y verdadera promoción del campesino sin tener en cuenta colores políticos, sino que sea verdaderamente al hombre salvadoreño, que es tan noble en nuestros campos.

Vida de la Iglesia

Esta Iglesia, que está haciendo esta reflexión de hoy, tiene también sus hechos de alegrías íntimas. Y aquí quiero narrar algo, además de la alegría que me dieron a mi regreso, hechos como el que voy a tener a las 12:00 del día en Talnique, donde la madre Juanita va a hacer una promoción muy original de campesinos que, debidamente preparados, van a recibir de su obispo la autorización para llevar la comunión a sus cantones. Ojalá me estén escuchando allá, porque supe que había amenazas para esta reunión y hasta me decían que tal vez era más conveniente que no lo hiciéramos, que podía suceder algo. ¿Por qué no lo vamos a hacer si la Iglesia es libre en promover sus ministros, sus servidores del pueblo? No voy a hacer nada malo; e invito a quienes han denunciado esta ceremonia que asistan a ella, hoy a las 12:00 del día, en Talnique, y verán que se trata de un servicio noble de la Iglesia, que quiere llevar el Pan de la Vida a comunidades donde el sacerdote difícilmente pueda llegar. Yo felicito a la madre Juanita y a sus catequistas por esta promoción, que corresponde perfectamente a la renovación litúrgica y a la vida de nuestra Iglesia.

⁹ *El Diario de Hoy*, 10 de febrero de 1979.

¹⁰ *Cfr.* Discurso de Juan Pablo II al inaugurar la Tercera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, en Puebla (28 de enero de 1979), *L'Osservatore Romano*, 4 de febrero de 1979.

También he tenido el gusto de saludar a la superiora general de la congregación de la Asunción, quien, con su consejo central, se encuentra entre nosotros, y le he podido referir la satisfacción de nuestra diócesis en el trabajo de las hermanas de la Asunción.

También tendré la felicidad de ver esta tarde a la superiora general de las religiosas belgas que trabajan entre nosotros y tendré la satisfacción de felicitar la labor de la madre Chepita, una religiosa que se ha entregado de vida y corazón a la comunidad de San Antonio Abad, donde han sucedido cosas tan trágicas, en las cuales ella también se ha visto envuelta injustamente¹¹. Ella merece todo el apoyo de la arquidiócesis y yo le suplico a la madre general que nos la deje, que dejará huérfana a una comunidad si se la lleva por otras conveniencias que no son evangélicas.

Quiero felicitar también, en nuestra comunidad hay fiesta en Tonacatepeque, porque se está celebrando el primer centenario del título de aquella ciudad. Yo di al padre Casares la representación del arzobispo y le suplico, pues, que la lleve ante esa fiesta del pueblo que merece las bendiciones del Señor.

Me he encontrado también, al llegar, muchas falsas interpretaciones de Puebla y de los discursos del Papa. Me alegro de haberles dicho, antes de irme, que apelaba al sentido de discernimiento y madurez que ustedes van adquiriendo, que no se crean todo lo que se lee en la prensa o se ve en televisión o se oye por radio. Están muy manipulados los medios de comunicación, muy condicionados, y hasta un discurso del Papa y una reunión tan sincera como la de los obispos de Puebla puede tergiversarse para hacerse como apoyo de las injusticias y de los desórdenes, que ni el Papa ni Puebla pueden tolerar.

Por eso, al estarles comunicando, en la realidad de nuestra arquidiócesis, el mensaje de la sagrada palabra de hoy, quiero recordar estas palabras con que los obispos, desde Puebla, miran la realidad de América Latina: “Si dirigimos una mirada a nuestro mundo latinoamericano, ¿qué espectáculo contemplamos? No es necesario profundizar el examen. La verdad es que va aumentando cada vez más la distancia entre los muchos que tienen

¹¹ La hermana María José Forrier, conocida como madre Chepita, fue capturada por la Guardia Nacional en la casa de retiros *El Despertar*, cuando fue asesinado el padre Octavio Ortiz y cuatro jóvenes, el 20 de enero de 1979.

poco y los pocos que tienen mucho”. Son palabras entre comillas que Puebla cita de documentos pontificios y definen perfectamente nuestra realidad salvadoreña; y los obispos dijeron —es la realidad de Latinoamérica—: “Va creciendo la distancia entre los muchos que tienen poco —y en El Salvador diríamos: entre los muchos que no tienen nada— y los pocos que lo tienen todo”. Esto no es comunismo. Es palabra de Puebla, es palabra de los Papas, es palabra que Juan Pablo dijo en Santo Domingo y en Oaxaca y en Monterrey y en Guadalajara: que un deber de la Iglesia actual es servir al hombre en sus derechos; y entendemos por derecho —dijo en Santo Domingo— campesinos que deben tener tierra; obreros a los que se les debe respetar su derecho de organización y se les debe de pagar salario justo¹².

Cuando oímos al Papa palabras que aquí no se han publicado, hemos pensado que el Papa correría la misma suerte que el arzobispo de San Salvador: que se le callara, se le silenciara, se le marginara, cuando toca ese deber de la Iglesia. Pero los obispos en Puebla nos han dado un tremendo respaldo al decir, pues, que es una realidad que denuncia que nuestro cristianismo tiene mucho que progresar todavía: “Los valores de nuestra cultura están amenazados. Se están violando los derechos fundamentales del hombre”. Son las palabras del mensaje de Puebla.

También, entre esas realidades, el mensaje menciona: “El hombre exige, por los argumentos más evidentes, que las violencias físicas y morales, los abusos de poder, las manipulaciones del dinero, el abuso del sexo, la violación, en fin, de los preceptos del Señor no sean practicados, porque todo aquello que afecta la dignidad del hombre hiere, de algún modo, al mismo Dios”.

Recordaron, también, en su mensaje, los obispos a América Latina: “Nuestras preocupaciones pastorales por los miembros más humildes del cuerpo social, preocupaciones impregnadas de humano realismo, no tienen —fíjense bien en esta frase del mensaje—, no tienen nuestras preocupaciones ninguna intención de excluir de nuestro pensamiento y de nuestro corazón a los otros representantes del cuadro social en que vivimos —los ricos—. Por el contrario, son serias y oportunas advertencias

¹² Cfr. Homilía de Juan Pablo II en la Misa concelebrada en la Plaza de la Independencia, en Santo Domingo (25 de enero de 1979), *L'Osservatore Romano*, 4 de febrero de 1979.

Mt 25, 40

para que las distancias —que se agrandan— no se agranden, para que los pecados no se multipliquen y el Espíritu de Dios no se aparte de la familia latinoamericana. Y porque creemos que la revisión del comportamiento religioso y moral de los hombres debe reflejarse en el ámbito del proceso político y económico de nuestros países —miren cómo la Iglesia en Puebla obliga a la evangelización de América Latina a reflejarse en el proceso político y económico—, para invitar a todos, sin distinción de clases, a aceptar y asumir la causa de los pobres, como si estuviesen aceptando y asumiendo su propia causa, la causa misma de Cristo: “Todo lo que hicieres a uno de estos mis hermanos, por humildes que sean, es como si a mí mismo se hiciera”.

Aquí tienen la mejor respuesta, dada por un documento colegiado en Puebla, para todos aquellos que cuando decimos “la opción preferencial por los pobres” no quiere decir exclusión de los ricos, sino que quiere decir: llamamiento también a los ricos para sentir como suyo el problema de los pobres y para estudiar, junto con el Gobierno, en un diálogo con los técnicos, con los que pueden resolver este callejón sin salida de El Salvador; tienen obligación de estudiar y de poner todos los medios a su alcance como si se tratara de resolver su propio problema. No se resuelve el problema con mandar los capitales al extranjero; es necesario ponerlos a funcionar en un verdadero sentido social, como el Papa dijo en una frase tan bella: “No se olvide la propiedad privada, que está gravada con una tremenda hipoteca social”¹³. Es aquí, pues, como el mensaje de Puebla es la historia de nuestros pueblos.

Esa historia necesita una teología, la teología de la historia

Ahora bien, hermanos, el segundo pensamiento, después de esta realidad que las lecturas bíblicas de hoy y el mensaje episcopal de Puebla tienen para nosotros esta mañana: una reflexión teológica. La teología de la historia es una ciencia que hoy va abriéndose mucho campo desde que Juan Pablo II dijo: “Hay

¹³ Cfr. Discurso de Juan Pablo II al inaugurar la Tercera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, en Puebla (28 de enero de 1979), *L'Osservatore Romano*, 4 de febrero de 1979.

que mirar los signos de los tiempos a la luz del Evangelio”. Dios habla desde la historia. Dios reclama desde lo bueno y bello que hay entre los hombres, como también reclama ante lo feo y malo que hay en las sociedades y hay en los hombres.

¿Y qué encontramos en las lecturas bíblicas de hoy? La primera lectura, donde Dios nos invita no solo gloriarnos de las alegrías del pasado, sino que Él es capaz de hacer cosas nuevas. Dios no se repite. ¡Es maravilloso esto! Saber que... ¿Qué cosa nueva nos tiene Dios a nuestra historia de El Salvador? Creamos, porque Dios lo ha dicho, como creyeron al profeta cuando a los cautivos de Babilonia les anunciaba una libertad que no parecía llegar y llegó, porque Dios no es mentiroso.

Y Dios llega, en la primera lectura de hoy, también a denunciar un pecado. Es tremendo el diálogo de la primera lectura donde Dios dice, por medio del profeta Isaías, al pueblo de Israel: “Me están agobiando con sus pecados, me están convirtiendo en siervo de ustedes, porque quieren que yo haga su voluntad y no ustedes la mía. Por eso, yo los llamo a juicio”. Y es un juicio, un tribunal el que hoy se levanta en la primera lectura, donde Dios juzga a su pueblo para decirle: “No saldría justificado en un juicio en que solo prevaleciera la justicia. Si yo te perdono es porque miro mi buena voluntad y mi amor. Por mi amor te perdono”. Esto es para abrirnos a la confianza.

Is 43, 24.26

Is 43, 25

¡Señor, nuestra sociedad salvadoreña ha cometido muchos pecados, te ha querido hacer siervo; ha querido hacer de tu Iglesia la vilipendiada! Cuando he regresado de Puebla, me he dado cuenta de tantos ultrajes que, si fuera yo más sensible a esas cosas, diría: “¡Qué ingratitud, les estoy predicando la liberación de Dios y me contestan con esos campos pagados, con esos anuncios tan ofensivos, con esos comentarios tan groseros!”. No importa, porque el mismo Dios se queja ante su pueblo: “Me están agobiando, pero sepan que los perdono —dice Dios— por amor a mí mismo; porque es tan noble mi causa, mi salvación que anuncio y predico, que no vale la pena fijarse en las basuras que quedan en la calle cuando hay por delante toda una historia”*.

Is 43, 24-25

¿Qué otra cosa encontramos en las lecturas de hoy? Y aquí estamos en el meollo precioso del Evangelio. Cuando esta reflexión del milagro del paralítico se hace reflexión en la comunidad, en los labios de Cristo aparece una frase: “He visto vuestra fe, tus pecados te son perdonados”.

Mc 2, 5

Fe y conversión. Y aquí podíamos resumir también el mensaje de los obispos a América Latina: fe y conversión. Dios necesita que los hombres se conviertan; y por eso, cuando hemos predicado a pobres y ricos, no es porque alchahueteemos los pecados de los pobres y no tengamos en cuenta las virtudes de los ricos. Unos y otros tienen pecados, unos y otros necesitan conversión; pero el pobre, en su situación de indigencia, es más propenso a la conversión, siente más la necesidad de Dios. Y, por eso, todos, si de veras queremos aprender el sentido de conversión y de fe, de confianza en el otro, es necesario hacerse pobre o, por lo menos, tomar como causa íntima nuestra la causa de los pobres. Es entonces cuando el hombre comienza a sentir la fe y la conversión, cuando tiene alma de pobre, cuando sabe que de nada sirven los capitales y la política y el poder. Sin Dios no somos nada. Y el sentir esta necesidad de Dios es la fe y es la conversión.

Y de esta conversión hablamos preciosamente, desde Puebla para América Latina, en algo que también nosotros mismos, los pastores, nos acusamos. Dice el mensaje: “Queremos no solamente convertir a los demás, sino también convertirnos junto con los otros, de tal modo que nuestras diócesis, parroquias, instituciones, comunidades, congregaciones religiosas no sean obstáculo, sino, por el contrario, un incentivo para vivir el Evangelio”. “Por todas nuestras faltas y limitaciones, pedimos perdón, también nosotros, pastores, pedimos perdón a Dios y a nuestros hermanos en la fe y en la humanidad”.

Crean que lo pronuncio con toda sinceridad, hermanos: el que denuncia tiene que estar dispuesto a ser denunciado. Y desde el principio, he dicho que acepto con gusto las críticas cuando son constructivas y tratan de hacerme mejor de lo poco que puedo ser. Y, en verdad, pido perdón a todos aquellos a quienes el mensaje no se lo haya sabido traducir debidamente, pero sepan que no hay ni orgullo ni mala voluntad ni tergiversación de lo que el Evangelio me manda a predicar a esta arquidiócesis que se me ha encomendado.

Esta necesidad de conversión, que la vive el pastor y la predica como una necesidad personal de él y de todos los que quieren con él hacer la Iglesia auténtica de Jesucristo, es el centro de nuestro mensaje de la palabra de Dios desde que Cristo apareció en la historia, desde que lo anunciaron los profetas y a través de las acciones eclesiales, como la que acabamos de vivir en Puebla.

No puede ser otra la palabra de la Iglesia, ni otra la actitud de los pastores auténticos. No somos Dios. Somos hombres frágiles, limitados, y tenemos necesidad también de convertirnos. Y créanme, hermanos, que yo quisiera ir adelante de toda esa procesión de conversión que nuestra diócesis está realizando. A mí me llena el corazón cuando oí, en México, gente salvadoreña que vive allá, pero interesada de la historia de su pueblo, cómo están teniendo más confianza, más amor en la fe del Evangelio, en la Iglesia que aquí se predica. Por eso, no puedo cambiar, sino buscar más íntimamente mi adhesión al Evangelio y puedo perfectamente llamar a todos. ¡Convirtámonos para que Cristo mire nuestra fe y se apiade de nosotros!

Es una conversión a la cual llama nuestra historia en hechos que se dicen hasta con palabras que parecen violentas, pero que son el lenguaje de la Iglesia cuando llama a los pecadores al perdón, pero que primero se arrepienten. Cuando dicen, por ejemplo: “La civilización que nosotros queremos es la civilización del amor”. Y hay un largo comentario a esa frase que es también como el centro de nuestro mensaje a los hombres de América Latina: “Seamos todos constructores de una civilización del amor”. La frase es de Pablo VI. ¡Tan genial en sus frases! Civilización del amor, ¿qué es? Civilización del amor quiere decir tomar en serio el mandato de Cristo: “En esto conocerán que sois mis discípulos: en que os amáis como yo os he amado”.

Jn 13, 35

“La civilización del amor repele la sujeción y la dependencia perjudicial a la dignidad de América Latina”. Miren cómo la Iglesia, santa en su afán de convertirse, diríamos que es hasta altanera en proclamar la dignidad del hombre, porque sabe que es un tesoro que no es suyo, sino que es la imagen de Dios que ella tiene que defender. “No aceptamos —dijimos en Puebla los obispos—, no aceptamos la condición de satélite de ningún país del mundo, ni tampoco de sus ideologías propias. Queremos vivir fraternalmente con todos, porque repudiamos los nacionalismos estrechos e irreductibles. Ya es tiempo de que América Latina advierta, a los países desarrollados, que no nos inmovilicen, que no obstaculicen nuestro progreso, que no nos exploten, sino, al contrario, nos ayuden con magnanimidad a vencer las barreras de nuestro subdesarrollo, respetando nuestra cultura, nuestros principios, nuestra soberanía, nuestra identidad, nuestros recursos naturales”. Este es el espíritu de la Iglesia.

Cuando se nos denuncia de que andamos difamando a la patria por otros países, se olvidan que lo que hacemos es reflejar la realidad de nuestra patria, precisamente, para que se respeten estos valores de nuestra gente y de nuestro pueblo. En ese espíritu creceremos juntos, como hermanos, miembros de la misma familia universal.

También, cuando decimos “la civilización del amor”, queremos anunciar que el amor “repudia la violencia, el egoísmo, el derroche, la explotación y los desatinos morales”. Y para aquellos que ya no creen en el amor y que han puesto su confianza en la violencia, en el terrorismo y que la Iglesia no los puede acompañar por esos caminos, los obispos, desde Puebla, hacen un llamamiento: “A primera vista, la civilización del amor parece una expresión sin energía necesaria para enfrentar los graves problemas de nuestra época. Sin embargo, os aseguramos: no existe palabra más fuerte que esta palabra del amor en el diccionario cristiano. Se confunde con la misma fuerza de Cristo. Si no creemos en el amor, tampoco creemos en aquel que dijo: ‘Un mandamiento nuevo os doy, y es que os améis unos a otros como yo os he amado’. Civilización del amor propone a todos la riqueza evangélica de la reconciliación nacional e internacional. No existe gesto más sublime que el perdón. Quien no sabe perdonar no será perdonado”.

Jn 13, 35

Este es el llamamiento de la Iglesia desde Puebla: a construir entre todos una civilización del amor, a hacer de nuestra historia, vista con un sentido evangélico, un impulso para que nada nos apague ni nos quite el brillo de nuestro optimismo. Hermanos, como los profetas anunciando a los cautivos de Babilonia horas de alegría y de libertad, puede parecer como una burla la palabra de la Iglesia llamando al amor, a la reconciliación, al perdón, mientras otros creen más en la violencia, en el secuestro, en el terrorismo. La Iglesia no caminará nunca por esos caminos y todo lo que en estos sentidos se diga es falso, es calumnia que viene a ennoblecer más la aureola de nuestra persecución en la Iglesia.

Cristo y su Espíritu, garantía de nuestra esperanza en nuestra historia

Por eso, termino con este pensamiento que es el pensamiento de la palabra de Dios hoy: Cristo y el Espíritu de Dios, infundido

en su pueblo cristiano, es la garantía de nuestra esperanza. Decíamos que íbamos a poner un broche en nuestras reflexiones con la segunda carta de San Pablo.

San Pablo sufría algo así como los apóstoles, críticas, como Cristo las sufrió también. Este capítulo, en que nos cuenta la curación del paralítico, forma parte de los capítulos 2 y 3 de San Marcos, que es una exposición de la lucha ideológica entre Cristo y los fariseos, y que va a terminar en el capítulo 3, versículo 6, donde ya el desenlace se anuncia con esta frase: “Los fariseos se confabularon con los herodianos contra él, para ver cómo eliminarle”. Si alguien corrió el riesgo de un atentado, fue Cristo, y, sin embargo, fue fiel hasta poder decir, clavado en la cruz: “Todo se ha cumplido”. Para Cristo, también hubo atentados, hubo también tentaciones de eliminarlo; y no solo fueron tentaciones, sino que lo llevaron a cabo.

Mc 3, 6

Jn 19, 30

Para San Pablo, también debió ser una hora difícil cuando se burlaban de él en Corinto, de que su lenguaje era informal: “Hoy ‘sí’ y mañana ‘no’”; y San Pablo toma pie de la calumnia para decir: “Hemos predicado no un ‘sí’ y un ‘no’. Anunciamos a Cristo que es el eterno ‘sí’ de Dios”. ¡Qué hermoso nombre para Cristo!: “El sí de las promesas de Dios”. El “sí” en que Dios, que ha prometido cosas tan inauditas como una salvación nueva, un perdón de los pecados, un llamamiento de todos los pueblos a formar un solo pueblo, un solo amor, no se arrepiente de su promesa, sino que, en Cristo, la cumple, aun cuando ese Hijo de sus amores sea llevado a ser clavado en una cruz; si es condición necesaria para el cumplimiento de las promesas de Dios, Cristo muere crucificado. El sacrificio es la rúbrica de las grandes promesas de Dios y, por eso, dice San Pablo: “Así como también los hombres que tratan de ser fieles a Dios le dicen ‘amén’”. Revaloremos esta mañana, queridos hermanos, esa palabra tan usada y que, tal vez, de tan usada, ya no tiene sentido para nosotros. Pero cuando en nuestra liturgia decimos “amén”, nosotros estamos haciendo un acto de fe, lo más hermoso es decir “sí”. Es el “sí” del hombre a Dios a través de Cristo.

2 Cor 1, 18-20

2 Cor 1, 20

Cristo es el amén de la humanidad a Dios. En Cristo, se hacen amén las esperanzas de todos los pueblos, de todos los hombres, porque en Cristo se hacen “sí” las promesas de Dios. En Cristo es la zona donde el hombre necesitado, los pueblos pecadores, las sociedades como ennegrecidas, sin esperanza, mi-

ran la esperanza de un Dios que todavía nos ama. Porque esa definición de San Pablo: “Cristo sigue siendo el ‘sí’”, en una construcción gramatical griega, es un tiempo que en nuestro castellano no existe, en que lo que sucedió sigue siendo realidad para todos los siglos: Cristo vive, y vive en su Iglesia, y vive en América Latina.

Y por eso, el mensaje de los obispos, también tomando esta actitud de San Pablo hoy, con toda su confianza puesta en Cristo, quiere despertar en los hombres la misma esperanza. En el mensaje de los obispos a América Latina dicen: “¿Cuál es nuestra contribución? ¿Qué tenemos que ofrecer en medio de las graves y complejas cuestiones de nuestra época?”. Muchas veces me lo han preguntado aquí, en El Salvador: “¿Qué podemos hacer? ¿No hay salida para la situación de El Salvador?”. Y yo, lleno de esperanza y de fe, no solo una fe divina, sino con una fe humana, creyendo también en los hombres, digo: “Sí, sí hay salida, pero que no se cierren esas salidas”. ¿Cuáles son esas salidas? Y los obispos, desde Puebla, dijimos: “¿De qué manera podemos colaborar al bienestar de nuestros pueblos, cuando algunos persisten en mantener sus privilegios a cualquier precio y otros se sienten abatidos, mientras que los demás promueven gestiones para su sobrevivencia y la clara afirmación de sus derechos?”. Esto es lo grave, hermanos, en que las situaciones como que se encallecen, como que los corazones se endurecen a defender únicamente posiciones egoístas.

Pero la Iglesia... Este es el contributo: “¿Qué tenemos para ofrecer? Como Pedro, ante la súplica dirigida a las puertas del templo...”. Era un paralítico también que, a las puertas del templo de Jerusalén, pedía limosna y, cuando pasaba Pedro con Juan a orar al templo, el pobre mendigo se les quedó viendo, como que le iban a dar una limosna; y entonces, Pedro pronuncia esta palabra: “No tenemos oro ni plata que daros”. Y esto decimos también los obispos: “No tenemos oro ni plata, pero os damos lo que tenemos: en nombre de Jesús de Nazaret: ‘Levántate y camina’. Aquí —dice el mensaje—, la pobreza de Pedro se hace riqueza y la riqueza de Pedro se llama Jesús de Nazaret, muerto y resucitado, siempre presente, por su Espíritu divino, en el colegio apostólico y en las comunidades que se van formando bajo su dirección”. Y recordamos aquí una palabra de Juan Pablo II, en su misa inaugural como sumo pontífice, cuando en la

Hch 3, 6

Plaza de San Pedro exclamó: “¡No temáis! ¡Abrid de par en par las puertas a Jesucristo! Abrid a su poder salvador las puertas de los Estados, los sistemas económicos y políticos, los extensos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo”¹⁴. Esto es lo que nosotros podemos aportar.

Ya recordamos, una vez más, en este mensaje, que no es tarea de la Iglesia dar soluciones técnicas. Por eso, la Iglesia tampoco se puede identificar con ninguna solución política. Los políticos que estudien las soluciones políticas; los sociólogos que estudien las soluciones sociológicas; los economistas tienen materia donde estudiar en El Salvador soluciones de economistas. La Iglesia solamente aporta un valor: la esperanza en los hombres. Decirles al político, al técnico, al sociólogo, a todos los ricos y a todos los que tienen en sus manos las llaves de la solución: no desesperen, abran los campos a la doctrina de Cristo. La Iglesia no busca ninguna hegemonía, la Iglesia busca solo servir, inspirar. ¡Ténganla en cuenta! Por eso pedimos perdón, por si acaso no nos tienen en cuenta porque nuestra mediación humana ha sido tan defectuosa. Pero no se fijen en nosotros, busquen a Cristo, al que ustedes y nosotros tenemos que buscar, como esperanza, en su doctrina. Por eso, San Pablo termina su lectura de hoy, diciéndonos: “En el Espíritu, que Dios nos ha dado, nos ha ungido, nos ha sellado, nos ha dignificado, nos ha hecho capaces de tener pensamientos de Dios, nos ha dado la gran dignidad de llamar Padre”. Y un padre no se complace en ver perecer a su hijo.

2 Cor 1, 21-22

Esta es la esperanza que la Iglesia alienta y que en este domingo, en que las lecturas bíblicas han sido un marco para presentarles a ustedes, en nombre de todos los obispos de Puebla, un llamamiento a la esperanza, vamos ya a acercarnos a esta vida que desde el altar nos da el testimonio de un amor imperecedero. Aquel eterno “amén” de los hombres y eterno “sí” de Dios vive en nuestros altares, es alma de nuestra Iglesia, vive en nuestro pueblo.

En el mensaje, hay un pasaje donde se dice: “La riqueza de los hombres y de las mujeres de América Latina es su esperanza

¹⁴ Homilía de Juan Pablo II en la inauguración de su pontificado (22 de octubre de 1978), *L'Osservatore Romano*, 29 de octubre de 1978.

y su fe cristiana”. ¡No lo malgastemos! Si en algo puede servir esta palabra, sea para esto, hermanos. No tengo pretensiones de otra cosa y esto sería mi más grande orgullo: que ese tesoro, que venimos heredando de la evangelización de los siglos pasados, no se nos anquilese, no se nos paralice, no se haga inválido. ¡No perdamos la esperanza en nuestra Iglesia!

Mc 2, 24 La Iglesia es un organismo vivo. Son ustedes, bautizados, los ungidos por el Espíritu de Dios. Ustedes, los cristianos políticos; ustedes, los que tienen capitales y son cristianos; ustedes, los sociólogos, los técnicos, los profesionales; ustedes tienen la llave de la solución; pero la Iglesia les da lo que no pueden tener ustedes: la esperanza, el optimismo para luchar, la alegría de saber que hay solución, de que Dios es nuestro Padre y nos va impulsando. Porque así como, para curar al paralítico, necesitó hombres que lo subieran al techo y lo pusieran frente a Cristo, también Cristo y Dios podían hacer, ellos solos, la salvación de nuestro pueblo; pero quieren, también, tener camilleros, hombres que le ayuden a llevar a este paralítico que aquí se llama la república, la sociedad, para que lo pongamos, con manos de hombre, con soluciones de hombre, con pensamientos de hombre, frente a Cristo, que es el único que puede decir: “He visto tu fe, levántate y camina”. Y yo creo que nuestro pueblo se levantará y caminará*.

Mc 2, 5